

HERMANO QUIROGA

Cuando en este año conmemorábamos el vigésimo aniversario de la muerte de Horacio Quiroga, había alguien en este Río de la Plata ya marcado por su peripécia humana y literaria, que le rendía el homenaje más austero y veraz que nadie le haya tributado. Era Ezequiel Martínez Estrada, el amigo más entrañable en los últimos diez años del cuentista, el hermano menor de Horacio Quiroga.

A instancias de nuestro Instituto de Investigaciones Literarias, Martínez Estrada componía sus recuerdos personales, el epistolario intercambiado en esos años; escudriñaba desde su presente crítico el pasado vivido en común, interrogaba a la sombra de Quiroga desde el recinto de una sobria intimidad, para escribir un libro inusual en nuestras letras.

Si bien se le pidió "una imagen o semblanza del cuentista uruguayo", el libro desborda este limitado propósito para ser mucho más y más importante. Estrada explicita el verdadero alcance de su obra cuando intenta determinar el género de relaciones que lo ligó a Quiroga y dice que la palabra "hermandad" es la que mejor lo expresa. Porque ella "indica, además de cuanto pueda significar la amistad, un ligamen, por decirlo así, irracional y superior por naturaleza a la relación aleatoria, basado en una identidad de sangre, tal como lo expresa el uso corriente del vocablo gentilicio, y en una identidad de destino o parentesco fáctico en que entran como factores de la unión espiritual inclusive aquellos que pueden obstar o desmerecer la amistad".

Martínez Estrada hablando de Quiroga reitera otra narración que le es querida: la que Martín Fierro hace de la vida de Cruz, y al igual que aquél, no hace un retrato ni cuenta simplemente una vida, sino que intenta comprender, auxiliado por esa perspectiva de veinte años, qué cosa es un destino. No busca el examen psicológico del gran cuentista, aunque lo haga incidentalmente y con una hondura que por primera vez nos permite acceder a su comprensión; busco reconocer la manera en que el acaecer y la circunstancia fortuita de la vida, se pliegan sumisamente a las líneas rectoras de un carácter y crean eso que llamamos un destino fatal. Y tampoco es el destino personal e intransferible de Horacio Quiroga lo que busca; es ese otro, superior, que engloba simultáneamente el de Quiroga y el suyo propio e impone la identidad de la hermandad.

Atisbando este misterio vital, parece ver algo más: el destino de una cierta especie de hombres sudamericanos, disociados espiritualmente de su medio, al cual sin embargo están hondamente ligados como a la única tierra nutricia que puede darles vida y sobrevivirlos cuando ellos la fecunden. Por eso este libro, no pudo ser escrito antes: necesitaba primero Estrada asumir íntegramente el destino de Quiroga, el significado tormentoso y profundo de su existencia; necesitaba adquirir él la edad y el padecimiento de aquel hermano mayor de los años 1928 a 1937. Con asombro, con cierta satisfacción patética, comprueba que su experiencia viva posterior a la muerte de Quiroga, ha seguido el mismo cauce y se encuentra en la misma disyuntiva solitaria.

Sienta como principio Martínez Estrada que sólo el grande hombre "puede sentir que lo que configura lo tendinoso de su personalidad es, como el esqueleto, lo que pertenece a la especie más que al individuo: la sobrevivencia y la acumulación capitalizada de múltiples experiencias" Esto justifica la economía severa de su testimonio: no quiere separarse, acumulando anécdotas o textos de interés para la crítica marginal, de ese cometido central que es bocetar un destino compartible, salvadas las diferencias que en su comparación proceden de lo muscular de cada hombre.

La franqueza, la tensión con que esclarece y analiza la peripecia vital de Quiroga, no podría tolerarse sin el vigoroso pudor varonil que distingue la escritura de su libro. Su sequedad esconde y reprime una temperatura emocional que recuerda la austeridad de J. Hernández para el sentimiento. Así como Fierro se limita a decir que cayó como herido del rayo cuando lo vio muerto a Cruz, así Estrada, luego de evocar la soledad y la muerte de Quiroga, de tal modo que parece avivar sus propios fantasmas, encierra su emoción en una sola pregunta sin respuesta: ¿lamma gabacthani?

Angel Rama.